

# La presencia pura

*El árbol está ante la ventana del salón. Cada mañana le pregunto: «¿Qué hay de nuevo?». La respuesta no se hace esperar, la dan centenares de hojas: «¡Todo!».*

**Christian Bobin**, La presencia pura

**El sol sobre el muro.** La hoja que el viento mueve a sus pies. La tierra se ha mojado, un pan verde se extiende sobre las baldosas. La nube desaparece lentamente. El único que sabe en qué mes estamos se ha dormido.

\* \* \*

De niño, cuando el corazón era un pájaro, estaba enamorado de los osos. Sabía todo lo que se podía saber en la biblioteca pública de Ripollet sobre ellos, olor según la época del año y peso de los excrementos.

El cuerpo y los hábitos se han ido convirtiendo en

osos. Ahora estoy enamorado de los pájaros. Pájaros pequeños, humildes, gorriones, herrerillos, petirrojos, pinzones, currucas, lavanderas, el pequeño buitrón. En ellos, como en los árboles, la vida ha encontrado una de sus manifestaciones más bellas, acabadas, armónicas.

Los grandes pájaros también, por supuesto: albatros, garzas, garzas reales, grandes búhos, águilas. Pero me recuerdan un poco a los osos.

Va siendo hora de que corazón y ojos se conviertan en una alegre piedra. Y las nubes cada día son más bonitas.

\* \* \*

Los ojos cerrados del niño P. Yo tenía cinco años y creía que iba a abrirlos de nuevo.

Contemplaba sus pestañas. Observaba con envidia sus zapatos nuevos. Miraba las velas.

Su cuerpo entero recibía la luz, igual que un ojo.

\* \* \*

Bojes enrojecidos por el frío, enebros de agridulces gálbulas.

El sol allá, allá, siempre visto desde aquí.

Igual que nosotros.

\* \* \*

## Diálogo de Aquiles y la tortuga (I)

-Corro más que tú.

-No entiendo lo que dices.

\* \* \*

La indefensión de mi madre. La fragilidad de sus huesos. La puerta chapada en cerezo de su piso, sus armarios repletos de ropa antigua, de olores de viejas bodas, viejas comuniones, entierros. Los cajones llenos de recuerdos («Este corazón me lo trajo papá de Andalucía cuando yo tenía doce años, me quería mucho»), imágenes, la mayoría en blanco y negro, ordenadísimas cajitas de medicamentos. ¡Ha trabajado tanto! En fábricas, tiendas, almacenes, cocinas, casas donde realizaba labores. En la casa, que su esqueleto sostenía con viguetas de costilla y pilares de fémur.

Tu mano es su cal y su historia.

El mundo, indefenso, es bondadoso.

\* \* \*

La noche es una. Las luces, múltiples.

\* \* \*

La carrasca y el cuerpo se entienden por sí solos, sin víctimas. Evitar caer en trampas sintácticas, morales.

Cosas tarareadas. En este vacío entre ambos florecen la literatura y la masa madre de la humanidad.

\* \* \*

Golpeamos cazuelas mirando a las estrellas para que estas nos obedezcan. Como damos órdenes y lanzamos proclamas utilizando el lenguaje que hemos heredado de esas estrellas, de su polvo (aquel con el que estamos moldeados), sus órbitas parecen respondernos.

\* \* \*

¿Dónde estamos? Entre unos genitales y la muerte.  
Es un puñado.  
¡Es tan increíble que a un instante le suceda otro!

\* \* \*

Los pies fríos de la compañera, como nubes de lluvia sobre la montaña. El calor cerca de su pecho. De su boca. De su sexo. No proviene del sol, sino del núcleo cálido de la Tierra. Las vértebras retornan al hogar y ya no existe la nostalgia.

\* \* \*

¿Dónde estamos? Donde preguntamos.  
El lugar ya existía, pero sin la pregunta era invisible.

\* \* \*

Llueve. Cuando los neumáticos atraviesan el charco, el agua murmura «¡chsssssst!». En el interior de los automóviles, pasivos, los niños parecen ancianos.

«¡Oh, todos estamos vivos!»

\* \* \*

La tumba de Paestum. La tumba del nadador, del saltador, del buceador, probablemente del año 480 o del 470 antes de Cristo. En las losas de las paredes, frescos de un simposio: hombres alegres que ríen, beben, juegan, hacen música. Desean sus bellos cuerpos. En el techo, la pintura más famosa, probablemente del mejor de los dos artistas que pintaron el resto. El hombre desnudo que salta, elástico, al agua desde una pequeña construcción geométrica, probablemente de piedra. A cada lado, dos plantas, árboles filiformes entre el helecho, el alga y la neurona, quizá con hojas de olivo, respiran. ¿Se despiden de él? ¿Le acogen en el reino indeterminado donde no existen las palabras?

El esqueleto de la tumba fue el de un hombre joven. Junto a él se encontraron tres piezas de cerámica (dos aríbalos y un jarrón ático) y un caparazón de tortuga (¿los restos de una lira?). ¿Era un nadador? ¿Un músico? ¿Un estudiante? La figura se ha interpretado a menudo como la representación del tránsito hacia la muerte.

Qué sabemos.

En su alegría de pájaro, el saltador es una verdad pura. Como el gorrión ante el agua dulce o ante el cañón de la escopeta de balines.

Los ojos del pintor, ¿cómo eran? Los ojos del chico enterrado. Los ojos de Mario Napoli, que el 3 de junio de 1968 descubren la tumba. ¿Cómo se entornan?

1968 es el año en que nació mi hermano, el saltador.

\* \* \*

«Empedrase» es el momento más puro de la escritura. Francis Ponge sonrío (siempre sonrío), lo avisa al final de «El guijarro», en *Le parti pris des choses*: los críticos dirán de su obra: «Habiéndose propuesto escribir una descripción de la piedra, se empedró [“s’empêtra”]».

«Entomatarse», «empersonarse», «envientarse», «empapelarse».

\* \* \*

La mujer es anciana, muy menuda. Su rostro contempla la tierra. Su espinazo retorna a la tierra por sí solo.

Un cachorro muy pequeño, atado con una correa de color rojo, está continuamente a punto de hacerla caer («¡Quieto, Pipo!»).

Buscan un nicho, no lo encuentran, ella no puede mirar hacia arriba. «Tengo ahí a mi niño y a mi niña», me cuenta.

Cuelga, lentamente, dos pequeños ramos de una flor seca y minúscula.

El cachorro, excitado, estira, da vueltas, se ríe. Quiere marcharse de allí.

\* \* \*

Puente de Ripollet sobre la C-58. En el interior de un Renault, un pez rojo de cartulina cuelga de un hilo y me dice adiós. Hacia el oeste, hacia el oeste. Tras la montaña de La Mola, el sol enrojecido. En nuestro pecho, el corazón rojo como un pez.

Hace frío pero el mundo es bueno.

\* \* \*

Los barrotes de la prisión están hechos con cuatro palabras: «¿Qué cambiarías, si pudieras?».

Sin barrotes, sin embargo, no hay libertad.

\* \* \*

En un aula universitaria, ante alumnos. Un escritor se ha molestado conmigo. «¡Es que esto no puede ser! Yo tengo que pensar en “el lector”. ¿Tú qué quieres? ¿Ser original?» Los grandes ventanales dan a un parterre abandonado. Empieza a llover sobre el espino de fuego, los lastones, la grama, una retama. Un gorrión abre la boca. Cae una gota en el charco. Dibuja una o.

O.



\* \* \*

Mucho viento. Las bolsas de plástico negro de las papeleras se han hinchado. Quieren salir volando, son llamas amarradas al círculo metálico. Por el cielo pasa una bolsa blanca. Es una forma particular del viento.

Una vida, un individuo, actúan exactamente igual: dan forma a la vida.

(¿Y el viento? ¿Cómo es o hacia dónde va? La vida humana, como un determinante sin nombre.)

\* \* \*

## **Diálogo de Aquiles y la tortuga (II)**

A. -Voy a atraparte.

T. -Cuando esté muerta.

A. -Voy a atraparte mientras corres.

T. -En el momento en que me atrapes estaré, para ti, muerta.

\* \* \*

La luz.

La existencia de la luz.

La luminosa existencia.

(Siempre están los determinantes. La esencia humana es la voluntad de determinar el océano, la luz, la vida, el amor, el vacío, el miedo, el infinito.)

Alegría.  
La alegría.

\* \* \*

Es de noche. Luna menguante.

Reposar en esta sábana de universo: el cumplimiento de una vida de tres segundos. ¡Tenemos tantas!

\* \* \*

A dos metros, sobre el gran abeto, el pájaro trepador. No oso respirar. Una mano de viento acaba de barrer el prado, incluidos los animales.

Viernes por la tarde. Los dos adolescentes están sentados en un banco ante el instituto, que está vacío. A J., en casa, le espera el horror, es viernes. Se fuman un porro, hablan de la hermana de uno de ellos, sonríen. Pasa una brisa suave, los dos se hunden, sonriendo, en el banco. Por un momento, son libres.

\* \* \*

Cuando Aquiles está a punto de atrapar a la tortuga ve, en una de las telas córneas del caparazón, su propio reflejo. Estremecido, descubre su propio aspecto de tortuga.

\* \* \*

Sobre la gran roca, en el torrente, los restos del ratón de bosque. La lechuza, esta noche, le ha arrancado la cabeza. Unos metros más allá los hijos juegan sentados en el suelo. El viento se detiene. El señor caracol, compasión infinita, mira.

\* \* \*

Lo decían todos los libros. También decían que no servía para nada que lo dijesen. (La sabiduría.)

\* \* \*

El chico es el culpable o la víctima del accidente. Bomberos y policía se han olvidado de él por un rato, está sentado en la puerta de casa. Saca un cigarrillo del bolsillo, le tiembla la mano, no llega a encenderlo. Me mira sin levantar la cabeza, se lo enciende. En vez de cogerlo, acerca los labios como un bebé. Sostengo el cigarrillo, él cierra los ojos mientras chupa profundamente. La brasa me calienta la mano como un seno.

\* \* \*

Mi madre suele recordar mi cabezonería con los «porqués» en la época en que los niños preguntan. «¡Oh, eras tan pesado!»

Ahora, cada vez que pasamos por el número 57 de la calle Dels Afores, se detiene. Señala con el puño del bastón el nuevo edificio que ha aparecido (un blo-

que de pisos y una tienda paquistaní de alimentos) y dice:

-Esto fue nuestra casa. Esos hijos de puta se lo quedaron todo.

Al cabo de unos segundos empieza a caminar de nuevo, se me agarra del brazo. Siento el olor a un viejo jabón para la ropa y a humo de leña, sarmientos que ya no existen.

-¿Por qué lo hará esa gente? ¿Es que no son suficientemente ricos? ¿Por qué tu padre no hizo caso a aquel abogado?

Es una sonata. La terquedad es no querer que aca-be nunca. Mi terquedad.

\* \* \*

Las tiernas hojas del álamo.

Son un recuerdo de las del año pasado. La misma palabra vegetal. Un recuerdo genético, material.

Cuando recordamos aún nos mantenemos en el presente. Florecemos. También habitamos el ahora.

\* \* \*

Los ojos azules de L.X. mientras me dice que está embarazada. Tiene apenas dieciséis años («Me he dado cuenta de que estoy sola, del todo»). Mientras hablamos, llora. Suelto un despropósito, se echa a reír, mira por la ventana (nos encontramos en la biblioteca del instituto). Ahora son lágrimas de niña de cinco años,

no puede parar de reírse, se pone colorada. De pronto se ensombrece, es el presente, me mira desamparada. Vuelve a girarse de cara a la ventana, sonrío, de nuevo tiene doce, trece años, conoce la melancolía. Sin darse cuenta, su cabeza dice que no. Suspira. A pesar de su humanidad, vive.

\* \* \*

Hay un momento, al anochecer: una vaca se parece más a una alberca que a un animal.

\* \* \*

Hay un momento, al anochecer: una vida se parece más a una alberca que a un animal.

\* \* \*

Desde el punto de vista de una vaca, las proposiciones anteriores son absurdas. Desde el punto de vista de la alberca, son obvias, siempre ha sido así. Desde el punto de vista del anochecer, ni tan siquiera existimos. Desde el punto de vista del lenguaje, la proposición es una alberca. En el seno del anochecer, sentado y pensando, siento un intenso deseo de comer hierba, de beber agua.

\* \* \*

Del humus, del grafito, de la tinta aplastados en surcos sobre el erial del papel, nacen, entre roca pizarra, excrementos secos de rumiantes, hierros oxidados, leña cortada, la palabra «flor».

Sale el sol. Del humus universal nace esta sábana del día.

La flor es presente y huele.

\* \* \*

Piedras muy viejas del puente de Sant Pere, roca arenisca del macizo de Sant Llorenç. De madrugada, rosadas. Un anciano pasea a su perro demasiado grande. Al mediodía, calientes. Dos jóvenes magrebíes chutan contra ellas un balón. Primera hora de la tarde, primera sombra, una urraca. Noche. Piedras violáceas. El mismo anciano con un niño pequeño. El niño sonríe: biografía.

\* \* \*

1970. La abuela guisa la cena. Cada vez que abres la boca a su sopa la abres a su recuerdo y a tu futura ancianidad.

Calle Montcada. Calle Dels Afores. Sopa hirviendo en los fogones. Poca luz. Invierno. La tarde acaba demasiado pronto y la muerte de un niño, nueva aún, aún por estrenar, entera ante ti.

Tantas horas, y pesan tanto como las patatas.

\* \* \*

La hoja de la albahaca. La baldosa resquebrajada en la terraza. El limón único en el pequeño limonero. La teja cubierta por el excremento de los pájaros. El perro que aúlla. Los ojos de mi sobrino, Marçal, cuando escucha una historia aferrado a imágenes inexistentes y con temor (en sus cejas arqueadas) a desprenderse de ella. Las cinco puntas oxidadas de la horca que perteneció al abuelo. Los posos en la taza de café. El guijarro rosado que L. me trajo de una playa de Valencia. Pan tierno. Aceite. Unos metros cúbicos de aire que se mueve. Manos.

No es que el universo quepa en cada una de estas existencias. Ellas permiten sentir, con una certeza absoluta, que uno es el universo. Sin determinante: universo.

La hoja de la albahaca. La baldosa resquebrajada en la terraza. El limón único en el pequeño limonero...

\* \* \*

Patio de la escuela. Podan las moreras. El tiempo diferente de cada niño, de cada adolescente, de cada profesor. Hay muchos soles en el cielo. Y hace sol.

\* \* \*

El niño asustado, solo, canta una canción que, de niña, sola, cantó su bisabuela. Ella la oyó de un abuelo suyo

que, de niño, asustado, ya la cantaba. En la cabaña del sol menor se hacen compañía abuelos y nietos.

\* \* \*

Pretendemos entender el sol por la luz. Y el sol es ciego.

\* \* \*

Mosca. Araña. Pájaro. Son la vida.

El «significado», la telaraña circunstancial: una la segrega inevitablemente, la otra se cae en ella, el otro la destroza al pasar.

La telaraña es necesaria para la vida. Pero no por lo que significa. El significado es inocuo.

\* \* \*

El hecho de hablar ha sido determinante para la especie humana. El significado de lo que se ha dicho, indiferente.

\* \* \*

Manos de un niño. Uno de los tactos más intensos, misteriosos que existen.

Manos muy viejas de la madre.

Manos de amigos que envejecen.

Manos del hermano, que se parecen cada día más a las del padre.



Manos ausentes.  
Manos de mujer amada.

\* \* \*

Noche. El alba en la negra tinta, cuando escribimos  
«alba». La estrella en el papel. Alrededor, oscuridad.

\* \* \*

El roce de las propias manos cuando nos sacudimos  
la harina que ha quedado de cocinar.

Un pueblo a lo lejos.  
Un ojo lleno de cadáveres.  
Un ojo lleno de agua.  
Un pan recién horneado.

\* \* \*

Existen estructuras morfosintácticas que describen,  
por sí solas, un cincuenta por ciento de la pasión hu-  
mana. «Llegará un día en el que...», por ejemplo. «En  
aquella época solíamos...» Probablemente los días no  
vienen, ni será «un día», ni «aquella época» existió ja-  
más. Y el verbo «soler» es tan relativo... Pero en esta  
estructura temporal, en el imperfecto de indicativo,  
en el futuro, en estos símbolos que se afanan por de-  
limitar el océano, cabe tanta pasión como señal del  
verano en un melocotón maduro o alma de invierno  
en la hierba escarchada.

\* \* \*

El papel en blanco es el rostro de la pregunta. La escritura, el signo de interrogación. El corazón, los tendones, el hígado, el aliento, son la pregunta. Y la respuesta.

\* \* \*

Un papel pudriéndose al pie de un árbol es la cosa más natural del mundo.

\* \* \*

Mañana soleada de primavera. El álamo es la lógica del mundo.

\* \* \*

El primer recuerdo que conservo de una biblioteca se sitúa en la casa vieja. Tenía tres o cuatro años. Era un pequeño mueble con estanterías y dos puertas en su cuarto inferior, lo llamábamos «la biblioteca». Me encaramé a él, me gustaba encaramarme a los árboles. El mueble, que se sostenía sobre cuatro patas rechonchas, se volcó. En su cima estaba la bola del mundo de mi padre. Seguramente era el objeto de mis deseos.

Recuerdo el grito de alguien. El mueble cayéndome encima y yo, que caí de pie, intentando sostenerlo mientras los libros llovían sobre mi cabeza.

Padre acudió corriendo, debía de estar gritando algo. Sostuvo el mueble, salvó el mundo y me detalló de seis o siete formas diferentes cómo hubiera podido morir allí mismo.

El mundo. Los libros cayendo encima. Encaramarse a una biblioteca para alcanzar el mundo y que la muerte sea la que se te cae encima, etcétera. No tiene ningún interés, un símbolo más. Desvirtúa el recuerdo. El recuerdo que, con el tiempo, se ha vuelto entrañable: el padre era un gigante. Aquel día no fue una metáfora.

Siento la presencia pura de aquel olor. El olor del mundo.

\* \* \*

Mañanas de sábado. Tardes de domingo. Mediodías de martes. Anocheceres de jueves.

Primavera, otoño, verano, invierno.

\* \* \*

Me han picado abejas, avispas, mosquitos (de diferentes especies), insultos de personas conocidas, piojos, pulgas, garrapatas, cuando era niño, probablemente un escorpión, un escarabajo colorado en unas rocas, lo han intentado –desesperadamente– tijeretas y hormigas soldado. Me pincharon cuchillos, una cotorra me picó –y sus discípulos los periquitos– y una víbora estuvo a punto, palabras innombrables, y el sol.

Nada pincha tanto como la estupefacción por el mundo – en dedales pequeños.

\* \* \*

Bajo el muro del conjunto románico de Sant Pere de Terrassa, ya en el parque de Vallparadís. Es decir, bajo el sol.

La hierba entre los adoquines, muy tierna, inundando los intersticios. De repente se hace obvio: son los adoquines los que han aparecido en los intersticios.

(O bien ocupan el mismo lugar y es una fantasía del espacio lo que esta fantasía del ojo puede ver.)

\* \* \*

Aguantamos la respiración. Entre rocas, dos escorpenas. Verano.

Invierno. En el mercado compro una escorpena. El pescadero es un joven aún inexperto, arruga el labio superior con miedo a pincharse mientras la agarra por la cola. Su madre le substituye, me corta dos filetes. «Los fríes y los pones sobre la sopa, cuando la sirvas.»

Con la cuchara a rebosar oigo los gritos de los chiquillos. ¿Proviene del verano? ¿Del patio? Me llevo la cuchara a la boca, que abro como un pez.

\* \* \*

La gitanilla, en el mercado. Debe de tener seis años. Hace muecas, mendiga y estira los pantalones, tuerce la cabeza con afectación. Poco después está sentada junto a unas cajas de alcachofas con un bebé en los brazos. Le moja los labios con medio grano de uva moscatel que ella misma ha partido con los dientes. El chiquillo cierra, de repente, sus manitas. La niña abre extraordinariamente los ojos y sonrío. Le faltan dos dientes, sonrío mucho.

\* \* \*

La luna le dice a la lechuza: «Somos egagrópilas de la noche».

\* \* \*

Cuanta más presbicia, más igualdad entre las cosas. Cuanta más agudeza visual, más unidad entre las cosas.

\* \* \*

El lenguaje infinito, no verbal, en una conversación. Cuanto más mayor, más te detienes a escucharlo.

La mirada en tu mano de X., está a punto de ofrecértela y no se atreve. A tu mejilla de H. A tu pecho de Y. A su propia mano de F., mientras da un paso adelante.

\* \* \*

En la cocina. Mi madre prepara un arroz a la cazuela. Mi hija, que alcanza justo a los fogones, mira con atención.

–Cuando yo sea mayor, papá va a enseñarme como tú le has enseñado a cocinar a él –dice.

–Yo le enseño a él, y él te enseñará a ti... –sonríe la abuela, y le da un tomate para que lo lave.

Pau, el pequeño, mira desde abajo. Quiere formar parte del árbol familiar.

–¡Pues yo, de mayor, llegaré a los fogones!

\* \* \*

Dos mirlos sobre el jacarandá del parque. Son hembras, pecosas. El viento mueve suavemente las ramas. Una nube se deshilacha.

El agua del charco minúsculo que se ha formado en una huella tiembla.

De mayor llegaré hasta vosotros.

\* \* \*

La humanidad es un chiquillo en un balcón. Sábado por la mañana. Mira hacia dentro, a la habitación de los padres. Más allá, la cocina. Mira a la calle, donde la vida se precipita hacia el mercado y la hora de comer, hacia la tarde, imposible de imitar.

Contempla sus pies y rodillas llenos de arañazos,

los calcetines gruesos, los pedazos de madera y en el tiesto el geranio, un gorrión.

Hace sol.

\* \* \*

La humanidad es uno de los diez mil niños desaparecidos en el sudeste de Europa, a fines del 2015. Buscan refugio, huyen de eso a lo que erróneamente denominamos Estado Islámico. Sin padres –la humanidad los ha matado, herido, devorado su nombre–, sin refugio –la humanidad se lo niega–, tal vez sin cuerpo –la humanidad los secuestra, vende, viola, esclaviza, golpea, pincha, amputa: los pasa por el verbo.

El chiquillo tiene unas letras ante sí que no entiende. No entiende las voces que se oyen. No entiende lo que deja atrás. Solo entiende, un instante, al gorrión que bebe agua en un charco.

Es eso.

\* \* \*

La lluvia nos ha calado. Tras la ventana ya no puede mojar. Solo palabras estructuradas cual la lluvia podrían reventar la ventana.

¿Vamos a mojarnos?

La palabra es otra de las formas de la lluvia.

\* \* \*

Tomar un té antes y después del mundo, en el mundo.

\* \* \*

Niño escapándose.

Campos entre Ripollet y Barberà, finales de los setenta. El hermano Eugenio nos ha hecho correr hasta los Pinatones. Después hasta Can Cabanyes. Los últimos que llegan son los patosos, los culogordos. El hermano los bautiza de esta forma o repite su nombre con sorna, la clase entera se ríe, es Educación Física.

Llego en el gran pelotón central.

Cuando volvemos el grupo se desordena. Camino solo. Escucho a unos, después a otros. Estamos en los campos cercanos a mi casa, los conozco bien. No tengo amigos. Aquí está el junco que chupamos en verano, allí el cañaveral de donde cortamos las cañas para las judías, allí la higuera, los dos pinos, la alberca. Me quedo voluntariamente atrás. Pasada la alberca de Can Cabanyes, me detengo en los cañaverales como si fuera a orinar. Las voces de la clase se oyen tan lejanas. Penetro en la vegetación, soy acogido.

Grillos, cigarras, pájaros. Barboteo del agua. Miedo a la serpiente cuando oigo que algo se desliza sobre la hojarasca seca.

Contengo la respiración: a pocos metros pasa, agachado, Toni Torres. Él también ha huido. Es un chico



gigante, que apenas sabe leer o escribir (años después se servirá el vermú con dos gotas de lejía, algo que suele contarse en el pueblo con admiración). No hablamos mucho, me pegó un puñetazo en plena clase porque no le prestaba el sacapuntas, le odio. Pasa tan cerca que me descubre. Se queda inmóvil, sonrío, sus ojos brillan con inteligencia. ¿Qué ha entendido? Se marcha. De que no va a decirle nada al profesor, estoy seguro. De las burlas que vendrán, también («El Badal se ha escondido», etcétera).

Vuelve el silencio. Los grillos. Los pájaros. La educación física.

\* \* \*

El niño se tumba. Durante unos minutos está en todos los puntos de la esfera de su vida.

El corazón es un pájaro y no sabe en qué mes vive.

\* \* \*

¿Y el dolor? Es una palmera. Es una palmera. Es una palmera.

\* \* \*

El mundo es bellissimo. Pero no hace falta decirlo.



\* \* \*

¿Hacia dónde va todo?  
Ya está allí.

\* \* \*

Dormirse.  
Despertar.  
Soñar.  
Conciencia.  
Mosca.  
Ser.  
¡Qué palabras tan bonitas!  
Como la pequeña porción de fuego contenida en  
la llama de una candela.

\* \* \*

La Métrie: «*Qui sait si la raison de l'existence de l'homme n'est-ce pas son existence même?*». (¿Quién sabe si la razón de la existencia del hombre no es su propia existencia?)

La presencia pura.

\* \* \*

La sorprendes contemplando estática el techo en su cama de hospital.

El instante en que sus ojos descienden lentamente hasta los tuyos. La boca se obliga a sonreír pero los ojos aún no, como si hubieran descendido de la montaña pero aún estuviesen mirando hacia la cima.

Hasta que me pregunta por los nietos sus ojos no dejan de mirar atrás.

Madre.

\* \* \*

La melancolía de un verso inacabado: un beso por teléfono cuando es seguro que nunca va a llegar la segunda parte de la rima, es decir, los labios.

–Un beso muy fuerte, yaya.

La boca de la abuela, desde el hospital, sonrío. Los ojos no.

\* \* \*

Hombres y mujeres que fueron astros, planetas, ardientes meteoritos. ¡Brillaron tanto! ¡Ensacharon tanto el universo! Son utilizados durante dos o tres semanas al año, como ornamentos de plástico en las campañas comerciales de Navidad.

En algún lugar del espacio continúan ardiendo. En dirección a Andrómeda. En un libro. En un lienzo. En los ojos de un chiquillo que mira una pequeña estrella mientras espera que su madre acuda a darle las buenas noches:

-Buenas noches.

\* \* \*

¿Aún? Siempre.

Es decir, tres segundos.